

LA TRADICIÓN IMPROVISADA: EL SOCIALISMO Y LA MILICIA

José C. Gibaja Velázquez

La constitución de grupos paramilitares y milicias políticas fue un hecho normal en la Europa de entreguerras. Estos grupos, que comenzaron a aparecer durante los años veinte, experimentaron un espectacular auge durante la siguiente década. Buenos ejemplos de ello son, por ejemplo, las milicias de Acción Francesa y las «Croix de Feu» en Francia, las SA y las SS alemanas, los «fasci di combattimento» organizados en Italia y los grupos similares en Austria, Rumania y otros países.

Los partidos de izquierda también constituyeron milicias. El canciller Dollfuss, por ejemplo, hubo de hacer frente a la resistencia de las milicias socialistas cuando ocupó el poder en Austria en 1934. En España, muchas agrupaciones políticas también crearon organizaciones juveniles que acabaron teniendo en su mayoría un carácter paramilitar, entre las que podemos hablar de las Juventudes de Acción Popular (JAP), las Milicias de Falange Española, o también las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC); y finalmente, la organización que es objeto de nuestro estudio, las Milicias Socialistas.

Este fenómeno, interesa repetirlo, que afectó a la mayor parte de los países europeos y abarcó a buena parte del espectro político, suponía una clara demostración de cómo el uso de la violencia como instrumento de transformación de la realidad social había ganado posiciones frente a otras estrategias más graduales que, habitualmente, denominamos «reformistas»¹. A ello no fué ajeno el ejemplo soviéti-

¹ Una excelente panorámica sobre el período puede consultarse en: Mercedes CABRERA y otros, *Europa en crisis 1919/1939*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1991.

co, cuya influencia sería bien palpable a lo largo de los años veinte y treinta².

La existencia de dichos grupos habitualmente se manifestaba en la adopción de atuendos uniformados, el uso de gestos característicos, así como la realización de excursiones y deportes de carácter organizativo. Estas actividades, en ocasiones, conducían al enfrentamiento de unos grupos con otros por asuntos tales como la colocación de propaganda o la venta de la prensa política. Estas prácticas representaban, sin embargo, una importante novedad en la trayectoria del socialismo español.

El socialismo español había surgido y crecido bajo la influencia de ideas y de prácticas procedentes de países europeos más desarrollados. Durante el siglo XIX predominó, sobre todo, la influencia francesa. A principios del siglo XX también entraron en el país las ideas socialdemocráticas alemanas, aunque de forma indirecta, pasando primero por Francia antes de cruzar los Pirineos. Los aspectos peculiares del socialismo español no se manifestaron de forma especial en el terreno de la ideología, y ningún socialista español ejerció jamás una influencia ideológica duradera sobre el movimiento socialista fuera de España. Como reconocería Luis Araquistain:

«Los españoles no hemos aportado nada original al tema del socialismo moderno. Hay algunos buenos folletos de divulgación de Pablo Iglesias, del Doctor Jaime Vera y otros; un discurso académico de Julián Besteiro (...); un amable libro de Fernando de los Ríos, *El sentido humanista del socialismo*, antimarxista, de inspiración jurídica y religiosa (...), y no sé si involuntariamente omito algo que valga la pena recordar. Algunos amigos y yo «marxistizamos» un poco en la revista *Leviatán* durante dos o tres años de la República, pero sin entrar a fondo en el tema, y más bien con el propósito de vulgarización. En suma, repito: de verdaderamente original, nada»³.

Ninguno de los primeros socialistas españoles utilizó el marxismo para producir un estudio original de los verdaderos problemas de España. Para la mayoría de ellos siguió siendo una serie de verdades y de fórmulas de validez universal que había que aprender sin cuestionar y

² Una buena descripción de como el recurso a la violencia no es una exclusiva del movimiento obrero en general ni del caso español en particular puede verse en Julio ARÓSTEGUI, «Conflicto social e ideología de la violencia», en *España 1898/1936: Estructuras y cambio*, Madrid, Universidad Complutense, 1984, pp. 309/343.

³ LUIS ARAQUISTAIN, *El pensamiento español contemporáneo*, Buenos Aires, Losada, 1962, p. 95.

propagar como doctrina. Durante sus primeras décadas de existencia, lo que aportó un mínimo de coherencia orgánica al puñado de socialistas españoles fue una organización sindical madrileña, la Asociación del Arte de Imprimir. El sindicato de tipógrafos se convirtió en un modelo de organización sindical socialista en España y de él procedieron la mayoría de los dirigentes socialistas durante las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del siglo XX⁴.

La tradición socialista española era esencialmente pacífica, a pesar de algunas estridencias ocasionales del lenguaje político, de las que podría acusarse al propio Pablo Iglesias. Pero los miembros de la asociación de tipógrafos tenían una buena experiencia personal de lo que se podía conseguir mediante la acción sindical basada en la negociación. Ello contribuyó a suavizar los perfiles de la práctica política del socialismo español. Así, el «pablismo», línea política predominante en el PSOE bajo el liderazgo de Pablo Iglesias, valoraba el sufragio universal por las oportunidades de organización y de propaganda que aportaba. Sin embargo, nunca se renunció del todo a la idea de que haría falta una revolución para traer el socialismo, generalmente definido en términos económicos.

Ello fué convirtiendo poco a poco al PSOE, y especialmente al sindicato socialista, la UGT, en una formidable maquinaria de negociación laboral, caracterizada por su moderación y su alejamiento de los maximalismos y del empleo de la violencia⁵. Así, cada vez que participaron en un movimiento insurreccional, lo que ocurrió en 1917, 1930 y 1934, el PSOE y la UGT se mostraron absolutamente impreparados para adaptarse a la nueva estrategia.

El problema era que unas organizaciones ya programadas para un progreso gradual no podían deshacerse repentinamente de su inercia y de su praxis burocráticas cuando se presentaba una oportunidad para la insurrección. Ni la organización ni sus dirigentes estaban preparados ni equipados para esas eventualidades; estaban preparados para formas legales y no clandestinas de lucha. Aunque en teoría el partido estaba muy centralizado y disciplinado, en la práctica muchas veces las secciones provinciales y locales actuaban sin consultar con la Comisión Ejecutiva.

En esas circunstancias, especialmente en 1917 y 1930, la huelga general era sacralizada y convertida en el único recurso táctico extraor-

⁴ Cfr. Richard GILLESPIE, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza, 1991, pp. 21/50.

⁵ Ello es especialmente visible a través de la actitud socialista hacia la Dictadura de Primo de Rivera durante los años veinte.

dinario, en cuyo éxito se confiaba para alcanzar el poder. Se esperaba que su proclamación paralizaría el país y, con ello, al Gobierno, que se vería obligado a capitular. Por el contrario, en las dos primeras fechas señaladas no hay rastros que permitan comprobar la existencia de grupos paramilitares de signo socialista. Su aparición no se produciría hasta bien entrada la época de la II República.

Creación de las Milicias Socialistas

Centrándonos ya en las Milicias Socialistas, hemos de adelantar que, para su análisis, no se cuenta con una gran abundancia de fuentes pues, dado su carácter clandestino, escasean los datos acerca de su composición, estructura, y funcionamiento. Sin embargo a través de testimonios indirectos tales como los recuerdos de algunos de sus integrantes, las circulares enviadas a las diversas provincias o el rastreo efectuado a través del proceso judicial a que fueron sometidas tras el fracaso de la insurrección de Octubre de 1934, podemos describir muchas de las variables a las que antes hemos hecho referencia, especialmente para el caso de Madrid.

Hasta bien entrado el siglo xx, como hemos visto, los socialistas no pensaron en organizar grupos paramilitares propios. Ya en 1930, se limitaron a recomendar a algunos de sus afiliados que formaran parte de los grupos armados que estaban siendo organizados por el Comité Revolucionario encargado de preparar el golpe republicano contra Alfonso XIII. Manuel Tagüeña, que posteriormente tendría un destacado papel en el ejército republicano durante la guerra civil, refiriéndose a la preparación del intento republicano de diciembre de 1930 recordaría más tarde:

«Eligio de Mateo y Sousa organizaba una guardia de protección republicana, donde quedé encuadrado aquel día. Me dieron un recibo que me acreditaba como socio y una pistola automática, indicándome el lugar donde debía esconderla, situado entre los libros de la biblioteca (del Ateneo de Madrid), para guardarla al marcharme y recogerla al volver el día siguiente (...). El domingo 14 de Diciembre movilizamos nuestra compañía de reserva (...). Al amanecer del lunes debíamos apoderarnos del cuartel de la Montaña (...).»⁶

⁶ Manuel TAGÜEÑA. *Testimonio de dos guerras*, Méjico, Editorial Oasis, 1973, p. 17. Cfr. ELIGIO DE MATEO Y SOUSA, *Pasos al exilio*, Madrid, Historia 16, 1991.

Esta acción, fracasada, constituyó la primera intervención para muchos jóvenes de diversos partidos e ideologías. No disponían de los medios ni de la organización necesarias para acometer empresas de esta envergadura, condenadas de antemano al fracaso dada la superioridad de medios con la que contaban las fuerzas de seguridad a las que se enfrentaban. Meses más tarde se organizó la Guardia de Milicias Republicanas que, una vez proclamada la República, se encargó el 15 de Abril de proteger las inmediaciones del Palacio de Oriente, con el fin de que las muchedumbres agolpadas a sus puertas no penetraran en el mismo. No obstante, la vida de estos grupos fue languideciendo a medida que lo hacía la solidaridad entre todos los partidos comprometidos en la proclamación de la República y esto motivó que los diversos partidos y fuerzas políticas pensaran en organizar sus propias milicias.

Por lo que a los socialistas se refiere, ello se puso de manifiesto durante la celebración del IV Congreso de la Federación de Juventudes Socialistas de España que tuvo lugar entre el 11 y el 13 de febrero de 1932 y en el que se acordó la creación de las Milicias Socialistas⁷. Es significativo que los jóvenes socialistas conciban las Milicias Socialistas como un cuerpo armado alternativo a los existentes, como la base de un ejército popular, dado que desde su punto de vista no era posible tener demasiada confianza en que unas fuerzas de seguridad y un ejército heredados del sistema monárquico defendieran a la República de los previsibles intentos desestabilizadores⁸:

«Por mandato de la ejecutiva nacional (de las JJ SS) los comités locales procederán a la constitución de las Milicias, siempre con arreglo a las normas y reglamento por aquella establecido. (...)

Para la instrucción y preparación de las Milicias se organizarán ejercicios gimnásticos, excursiones, marchas, instrucción militar y cuantos ejercicios sean precisos para hacer de ellos los soldados de la revolución.

(...) Para el ingreso en las Milicias será imprescindible pertenecer a la Juventud Socialista y tener en esta una actitud intachable. A pesar de esto, el jefe o delegado se reservará el derecho de admitir a los que estime que tengan condiciones para la buena marcha de las milicias».

⁷ *Resoluciones del IV Congreso de las Juventudes Socialistas*. Madrid, Gráfica Socialista, 1932, p. 11.

⁸ «Las Milicias Socialistas, más que el organismo para hacer la Revolución, sin que esto lo desdeñemos, han de consistir en el pueblo armado para sostener el régimen socialista». *Resoluciones del IV Congreso de..., op. cit.* p. 22.

No se plantean, por tanto, objetivos concretos, sino que su creación, al igual que la de los grupos de surgieron al proclamarse la II República, es eminentemente defensiva. Durante la celebración del V Congreso de las Juventudes Socialistas, que tuvo lugar el 18 de Abril de 1934, se recordó la necesidad de cumplir los acuerdos del IV Congreso que hacían alusión a la creación de las Milicias Socialistas, lo que pone de manifiesto el escaso grado de desarrollo alcanzado por estas hasta entonces. Ello se explica por la considerable influencia que aún mantenían los reformistas, liderados por Julián Besteiro, en los órganos de dirección socialista⁹.

Paralelamente, y tras el fracaso de la sublevación antirrepublicana dirigida por el general Sanjurjo, ocurrida en agosto de 1932, el socialista Francisco Largo Caballero, siendo Ministro de Trabajo, propuso dos veces, en el Consejo de Ministros, armar al pueblo, constituyendo milicias de republicanos y socialistas, que tuvieran por misión defender la República en caso de volver a ser atacada. Estas propuestas fueron acogidas con mucha frialdad por todos los ministros, especialmente por los también socialistas Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos¹⁰.

En este proceso jugó un papel importante la progresiva crispación y deterioro de la vida política española, bien palpable tras los primeros meses de existencia de la República. Junto a la radicalización de la vida política española hubo otros factores, exteriores, que hicieron ver a los socialistas la conveniencia de acelerar la puesta en marcha de sus propias milicias. Entre estos factores hay que señalar lo ocurrido a los socialistas alemanes y austriacos, eliminados de la política activa por la pujanza de los grupos de signo fascista que habían ocupado el poder en sus respectivos países¹¹.

Es preciso recordar, además, la evolución de la vida política española, marcada por la ruptura de la coalición republicano-socialista que había gobernado en 1931/33, la salida de los socialistas del Gobierno y

⁹ *Boletín de la UGT de España*, Madrid, mayo 1934.

¹⁰ FRANCISCO LARGO CABALLERO: *Notas históricas de la Guerra de España*, ejemplar mecanografiado, Archivo Fundación Pablo Iglesias, p. 15. En 1986 la propia Fundación Pablo Iglesias publicó la primera parte de las mismas con estudio preliminar y notas a cargo de Santos Juliá.

¹¹ El proceso, no obstante, había sido bien distinto en ambos casos. Mientras que los socialistas alemanes no habían presentado una resistencia organizada frente a los ataques y las persecuciones de que fueron objeto por parte de los nazis en 1933, los socialistas austriacos habían sido derrotados militarmente por las tropas del canciller Dollfuss en febrero de 1934. En conjunto, todo ello simbolizaba, ante los socialistas españoles, el auge del fascismo en toda Europa y, por extensión, en España.

el auge electoral de los partidos de derecha a partir de las elecciones celebradas en noviembre de 1933, en algunos casos, como el de la CEDA, de dudosa fidelidad republicana. Este proceso, percibido por los socialistas como una expulsión del Gobierno, fue seguido de un cambio de tendencia en la política gubernamental, caracterizada ahora por el intento de desmontar las tímidas reformas iniciadas durante el bienio republicano-socialista¹².

La interpretación dada por los socialistas a lo ocurrido no fue, no obstante, uniforme. Mientras Besteiro y sus partidarios se reafirmaban en la necesidad de mantener aisladas las organizaciones socialistas, renunciando a la participación gubernamental, Indalecio Prieto trataba, contra corriente, de reconstruir los puentes con los partidos republicanos en la certeza de que dicha colaboración era imprescindible para permitir la continuidad de las reformas iniciadas en 1931. Finalmente, Largo Caballero, apoyado por amplios sectores del PSOE, la UGT y las Juventudes Socialistas, consideraba inaceptable la posible entrada de la CEDA en el Gobierno y rechazaba un nuevo acercamiento hacia los republicanos. Así, Largo Caballero se convertía en portavoz de amplios sectores de la clase trabajadora que mostraban su malestar por el empeoramiento de sus siempre difíciles condiciones de vida. Este empeoramiento se debía tanto a la influencia de una coyuntura económica adversa como a la creciente presión de patronos y empresarios en un intento por corregir las reformas emprendidas entre 1931 y 1933.

Lo sucedido entre el otoño de 1933 y la primavera de 1934 en el seno del socialismo español es bien conocido. Largo Caballero y sus partidarios refuerzan su posición interna mientras Besteiro y los reformistas quedan en minoría y abandonan sus cargos. Prieto, de mala gana, parece sumarse a la corriente mayoritaria. Este proceso de radicalización condujo, a comienzos de 1934, al acuerdo de preparar un movimiento insurreccional para oponerse a la posible entrada de la CEDA en el Gobierno. Probablemente, Largo Caballero intentaba presionar al Presidente de la República para evitar que tomara esa decisión y confiaba en que no sería necesario llegar a utilizar la violencia. Prieto, por

¹² El proceso de radicalización socialista durante la II República, que se describe brevemente a continuación, ha sido objeto de numerosos y excelentes estudios. Entre los más conocidos podemos citar los trabajos de Marta BIZCARRONDO: *Araquistain y la crisis socialista durante la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1972. Santos JULIA, *La izquierda del PSOE (1934/1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1976. Manuel CONTRERAS: *El PSOE en la II República: organización e ideología*, Madrid, CIC, 1980 o de Andrés DE BLAS: *El socialismo radical durante la II República*, Madrid, Túcar, 1976.

su parte, buscaba defender el proyecto republicano/socialista desarrollado en 1931/33. Sin embargo, el fracaso de esta táctica no dejaría otro camino posible que el de la insurrección, una insurrección anunciada a los cuatro vientos y mal preparada.

Ello se tradujo en un creciente interés de la nueva dirección socialista por la organización de grupos de acción encargados de llevar a cabo, en último extremo, el movimiento insurreccional. Por todo ello, ya entrado el año 1934, se decidió activar la organización de las Milicias Socialistas y los socialistas comenzaron a:

«prepararse para luchar en buenas condiciones, con la esperanza de derrotar a sus enemigos antes de que fuera demasiado tarde. Comenzó el reclutamiento y entrenamiento de las Milicias Socialistas».

La Revolución de Octubre

Apenas abandonaron Besteiro y los reformistas sus cargos directivos, se procedió a la constitución de una Comisión Mixta con representaciones de la Unión General de Trabajadores, del Partido Socialista y de las Juventudes Socialistas. Esta fué encargada de organizar un movimiento insurreccional para el caso de que la CEDA llegara al Gobierno¹³. La Comisión estaba integrada de la siguiente forma:

- Por el Partido Socialista: Juan Simeón Vidarte y Enrique de Francisco.
- Por la Unión General: Pascual Tomás y José Díaz Alor.
- Por las Juventudes socialistas: Carlos Hernández Zancajo y Santiago Carrillo.

Francisco Largo Caballero formaba parte de esa comisión mixta como Presidente del Partido y a petición propia¹⁴. A partir de la creación de esta Comisión Mixta, se inició una febril actividad. Inicialmente, la Comisión Mixta convocó reuniones con representantes de las tres organizaciones en todas las provincias a fin de:

«explorar el estado de ánimo de los compañeros y para darles instrucciones verbales y escritas sobre la constitución de Comités revolucionarios».

¹³ El texto del acuerdo puede consultarse en FRANCISCO LARGO CABALLERO, *op. cit.*, pp. 30/31.

¹⁴ *Idem*, p. 43.

rios, organización de la correspondencia, contraseñas, etc. Todos los compañeros que acudieron a la citación ratificaron los propósitos que el partido y la UGT tenían, es decir, que todos reconocían la necesidad del movimiento y la conveniencia de realizarlo lo más pronto posible.»¹⁵

Estas entrevistas se llevaron a cabo en la sede de la UGT de la calle Fernández de la Hoz y a ellas asistieron la mayoría de los sesenta comités y agrupaciones convocados, asignándoseles en el momento su número de contraseña que permitiría iniciar el intercambio de instrucciones y correspondencia a través de personas interpuestas y direcciones previamente convenidas. En la correspondencia no se usaban nombres ni fechas ni puntos de origen. Se usaba una clave que incluía un complicado mecanismo que recordaba mucho más a una conjura decimonónica que a la elaboración de unos planes insurreccionales a cargo de un partido obrero en pleno siglo xx. El tono que presidía la mayoría de estas comunicaciones, puede ser claramente percibido en el extracto de una de las cartas enviadas:

«Estimados amigos:

(...) Una vez conocido este documento por toda la junta provincial, deberá guardarlo con toda clase de garantías, un miembro de ella.

De este documento no se hará NI UNA SOLA COPIA. La junta responde de esta discreción. (...)

La impaciencia puede traducirse en debilidad y es preciso inculcar a todos que nuestro ejército debe estar siempre preparado: LO MISMO PARA DENTRO DE UN DIA QUE PARA DENTRO DE DIEZ AÑOS. El momento no puede apreciarse sino por quienes tienen la responsabilidad de la dirección. (...) Un pueblo no es una provincia. Una provincia no es toda España. La dirección tiene que apreciar la situación de toda España.

Inmediatamente de ser conocida esta documentación postal tiene que ser quemada ante los miembros de la Junta (...). Actividad, discreción y serenidad.»¹⁶

A través de este sistema fueron llegando las instrucciones a las diversas provincias. Bajo el epígrafe de «Instrucciones Preliminares» se agrupaban un total de 73 indicaciones distribuidas según el siguiente esquema¹⁷:

¹⁵ *Idem*, p. 65.

¹⁶ *Idem*, p. 71. El tono absolutamente impreciso refuerza la idea de que, al tiempo que se realizaban estos preparativos, se confiaba en que nunca sería necesario ponerlos en práctica.

¹⁷ Cfr. p. 71/75.

- 1-15 Normas de seguridad y comportamiento interno para impedir que los planes trasciendan.
- 16-25 Instrucciones generales sobre las relaciones con los comités y agrupaciones locales.
- 26-33 Instrucciones acerca de la relación y neutralización de las fuerzas de seguridad.
- 34-54 Forma de actuación de los grupos de acción.
- 55-67 Medios de fortuna que pueden ser utilizados como armas en caso necesario.
- 68-73 Normas para después del «triumfo de la revolución»

¿Cómo se articulaba esta estructura organizativa paramilitar?: con posterioridad al mes de Mayo de 1934 se envió a los diversos comités provinciales una instrucción general en la que se describía la organización general de las milicias que en esta ocasión se denominan Milicias Proletarias. La organización respondía a un esquema ternario en que cada escalón (Grupo, compañía, sección, pelotón y escuadra) englobaba a tres unidades del escalón inmediatamente inferior. ¿En que se traducían estas instrucciones a la hora de ser aplicadas por los militantes? Manuel Tagüeña nos ofrece un testimonio del funcionamiento interno de las milicias socialistas:

«A las primeras asambleas de la milicia socialista, casi públicas, en el Círculo Socialista del Oeste, sucedieron reuniones pequeñas, en escuadras de diez hombres, que integraban una organización clandestina (...) El embrión de las Milicias Socialistas actuó por primera vez desempeñando misiones en la huelga general con que Madrid respondió a la concentración de la CEDA, celebrada el día 22 de Abril en El Escorial. Estábamos concentrados en la Casa del Pueblo, y de allí salíamos en pequeños grupos a lanzar botellas de líquido inflamable, o algún petardo para asustar a los esquiroleros o simplemente para hacer acto de presencia.»¹⁸

Las citadas instrucciones sugerían la constitución de milicias que, en grupos de diez, deberían formarse con «los individuos más decididos», todos ellos armados y bajo la obediencia de dos «jefes» que los instruirían militarmente. Las citadas instrucciones preveían también la organización de grupos de expertos en electricidad, gas, teléfonos y alcantarillado, «capaces de formalizar o suprimir estos servicios en la forma que no puedan ser fácilmente reanudados por otros», así como el

¹⁸ Manuel TAGÜEÑA, *op. cit.*, p. 61.

reconocimiento de los medios de transporte; del mismo modo hacían hincapié en el desarrollo de actividades orientadas a detectar la ideología de las fuerzas armadas, recabando información sobre los «elementos contrarrevolucionarios que debieran ser tomados como rehenes al producirse el movimiento, o suprimidos si se resistiesen».

En cuanto al aprovisionamiento de armas, las instrucciones subrayaban la importancia de obtener información sobre depósitos y los medios para apoderarse de ellos. Sobre la táctica militar que había que seguir prescribían el levantamiento de barricadas y la guerra de guerrillas y «donde sea posible, utilizar uniformes del ejército, incluso de oficiales, para dar la impresión de insubordinación militar», tal y como se especificaba en la instrucción número 65.

Las instrucciones generales acababan señalando las tareas que había que realizar una vez logrado el triunfo (ocupación de edificios públicos, control del comercio de víveres, «evitando crueldades innecesarias», previendo los medios para curar heridos) y la fijación de la hora exacta —justamente a las doce de la noche del día en que se recibiera la orden de la Comisión Central— en que debía iniciarse el movimiento. Junto a las instrucciones, la Comisión Mixta elaboró un cuestionario destinado a ser cumplimentado por las juntas locales. De las respuestas enviadas por 59 de los 62 comités a los que se envió el cuestionario, se deducen las siguientes conclusiones¹⁹:

- a) El «espíritu de la organización», tal y como consta en el formulario remitido, era favorable en la mayoría de las consultadas (para 29 era «bueno» y/o «comprometido», para 17, «excelente»; para dos, «levantado» y «entusiasta», respectivamente; seis lo calificaban de «regular», y uno, de «malo»).
- b) La fuerza numéricamente susceptible de movilizarse —«disponibilidad revolucionaria» en la encuesta— parecía no adecuarse a la elevada moral revolucionaria que se desprendía de las respuestas anteriores.
- c) La infraestructura disponible —dinero, armas, municiones en especial— es calificada genéricamente de «buena» en 23 casos, de «mala» en 18 y de «regular» en 15.

Estos informes ponen de manifiesto, en general, la escasa importancia de los efectivos y fuerzas de choque con las que los socialistas podían contar de antemano a nivel nacional. Muchas de las estimacio-

¹⁹ Cfr. FRANCISCO LARGO CABALLERO. *op. cit.*, pp. 85 y ss.

nes pecan de optimistas y no es raro encontrar informes en los que se afirma contar con cientos de militantes dispuestos a la acción sin tener reparo alguno en confesar al mismo tiempo que no se dispone de armas ni se ha podido recaudar dinero alguno para conseguirlas.

En marzo de 1934 el comité central encargado de los preparativos revolucionarios designó a Indalecio Prieto y a Amaro del Rosal como encargados de las cuestiones económicas, cuestión vital ya que como solía decir Prieto: «no se puede hacer una revolución con las manos en los bolsillos». Como relata el propio Amaro del Rosal:

«la mayor parte de los fondos reunidos se empleaban para la consecución de armas para los diversos comités que las necesitaban y que como hemos comprobado anteriormente eran casi todos los existentes. Con estos fondos se financió la conocida aventura del «Turquesa» y se montaron algunos laboratorios clandestinos encargados de la fabricación de bombas y explosivos»²⁰.

Hay abundantes relatos que dan cuenta de los avatares por los que pasó la consecución de las armas para el movimiento y de los medios e intermediarios que se emplearon para lograrlas: las armas de los revolucionarios portugueses que residían en la Dehesa de la Villa madrileña, el robo sistemático de armas en las fábricas vascas y asturianas, y la confección de percutores y otras piezas vitales en talleres de cerrajería²¹.

¿Cómo asume Prieto su participación en estas gestiones? Durante el año comprendido entre su salida del gobierno y el movimiento de Octubre, Prieto parece remar contra corriente. Renuente al movimiento insurreccional, adquirirá, no obstante, un considerable protagonismo en el mismo. Así, desde el punto de vista político, suyas serán las diversas formulaciones de las reivindicaciones políticas que inspiraron el movimiento insurreccional²². Desde el punto de vista organizativo, Prieto tomará parte, bien que con escaso entusiasmo, en las gestiones encaminadas a contactar con miembros del Ejército favorables a las posiciones socialistas. Pero, sobre todo, Prieto pasará a la historia como el organizador del envío de armas a Asturias a bordo del buque «Turquesa». A

²⁰ Amaro DEL ROSAL, 1934: *El movimiento revolucionario de Octubre*, Madrid, Akal, 1983, p. 230.

²¹ *Idem*, pp. 235 y ss.

²² Cfr. *El Socialista*, febrero 1934. Recoge el discurso de Prieto ante las Juventudes Socialistas pronunciado en el Cine Pardiñas de Madrid en el que se expuso dicho programa de medidas y diversas intervenciones de Prieto durante aquellas semanas.

pesar de sus permanentes reticencias al respecto, Prieto alcanzó mayor protagonismo en dichas facetas que otros líderes mucho más abiertamente favorables al movimiento que se preparaba.

La reconocida capacidad de trabajo y, la extensa red de amistades que su polifacética actividad —periodista, diputado, ministro— le había permitido urdir a Indalecio Prieto, le deparó cierto éxito inicial en la captación de recursos financieros y en la adquisición de armas. Sin embargo, es sabido que tanto la penetración en el Ejército con la intención de atraer a la oficialidad y a la tropa a la causa insurreccional, como la distribución de las armas previamente adquiridas se saldaron con un fracaso²³. Así, al menos tres importantes depósitos de armas —los almacenados en la Casa del Pueblo de Madrid, en la Ciudad Universitaria y en el barrio de Cuatro Caminos— fueron descubiertos por la policía antes de que la Guardia Civil impidiera el desembarco en las costas asturianas del alijo que transportaba el barco «Turquesa»²⁴.

Mal informada o ignorando dichos problemas, como por ejemplo las graves carencias que jalonaron la preparación militar, la Comisión Mixta no se planteó la rectificación del proyecto. Por si ello fuera poco, a finales de septiembre de 1934, Largo Caballero presentaba ante sus compañeros de ejecutiva la dimisión de la presidencia del Partido Socialista por discrepancias con el Comité Nacional sobre la aprobación de la conducta parlamentaria seguida por el grupo socialista. A pesar de que la dimisión no llegó a ser efectiva por la oposición de los demás miembros de la ejecutiva —«esa renuncia equivale a dejar decapitado al Partido en circunstancias tremendamente trágicas», exclamaría Indalecio Prieto—, ello nos informa acerca de la endeble cohesión del grupo dirigente del movimiento²⁵.

Estas vacilaciones ya se habían puesto de manifiesto en junio de aquel mismo año, con motivo de la huelga de campesinos convocada por la Federación de Trabajadores de la Tierra, integrada en la UGT. Entonces, Largo Caballero se negó a prestar apoyo a la Federación más numerosa de la UGT, lo que facilitó la acción del Gobierno y, tras el fracaso de la huelga, condujo a miles de campesinos a la cárcel. Paralelamente, ello disminuía las posibilidades de éxito de la insurrección que se preparaba, si esta llegaba a producirse.

²³ Una detallada descripción de los contactos establecidos con militares puede consultarse en Amaro DEL ROSAL, *op. cit.*, pp. 210 y ss.

²⁴ *Idem*, p. 243.

²⁵ Cfr. Fundación Pablo Iglesias, Archivo Histórico, *Actas del Comité Nacional del PSOE (1931/36)*.

El número de militares en retiro a consecuencia de las reformas militares de Azaña era bastante numeroso pero eran pocos los que sintonizaban con los propósitos socialistas y menos aún los que se dedicaron a entrenar a las milicias socialistas. Por lo que hace referencia a los militares en activo que colaboraron con los socialistas, fueron también muy escasos y de escasa significación. Baste señalar a modo de ejemplo al teniente Castillo, al teniente Vidal o al capitán Faraudo. Ello obligó a confiar en activistas extranjeros como el italiano Fernando de Rosa, que había atentado sin éxito contra la vida del heredero al trono de su país, razón por la cuál estaba en el exilio²⁶.

Ello confirma la existencia de un débil aparato militar entre los preparativos insurreccionales. Los testimonios del propio Largo Caballero nos informan de que la condición necesaria para que estos militares participaran en el movimiento era la actuación antes de que el gobierno proclamara el estado de guerra, pero como el gobierno se adelantó a proclamarlo al mismo tiempo que se comunicaba la entrada de los primeros miembros de la CEDA en el gobierno, el aparato militar quedó completamente desarticulado. Por otro lado, a pesar de las afirmaciones en el sentido de que en Madrid había más de seis mil milicianos encuadrados que realizan repetidas veces algunos de los dirigentes socialistas, es evidente que toda la organización se resintió de la escasez de hombres, lo que en Madrid obligó a refundir los 5 sectores previstos al principio y dejarlos convertidos en cuatro²⁷.

Muchas escuadras estaban incompletas y era difícil localizar a sus miembros por sorpresa como sin duda iba a ser necesario en el momento en el que se desencadenase la insurrección. Las secciones más especializadas como la de ametralladoras no contaban con el armamento que les daba nombre y aún en el caso de que se hubiesen conseguido, es improbable que lo hubieran sabido utilizar convenientemente.

Todos los testimonios que pueden reunirse obligan a pensar que el grado de preparación en el que se hallaban los planes para el momento en el que se hubiera de desencadenar la insurrección era muy precario.

²⁶ Cfr. Amaro DEL ROSAL, *op cit.*, pp. 215 y ss.

²⁷ «El primer distrito compuesto por los municipales de Palacio y Hospicio están mandados por José Laín. El segundo distrito Chamberí, Buenavista, por Fernando de Rosa Lencioni. El tercer distrito, Congreso, por Enrique Puente Abuín que fue sustituido posteriormente por Francisco Menoyo Baños. El cuarto distrito, Centro, por Amaro del Rosal Díaz, y el quinto distrito, Inclusa, Latina, por Victoriano Marcos Alonso. El tercer y cuarto distrito posteriormente se fundieron en uno sólo. El mando ejercido por estos individuos en los referidos distritos aparece debidamente comprobado». AHN, Salamanca, Sección Militar, carpeta 343.

En el Consejo de Guerra al que fueron sometidas posteriormente las milicias socialistas²⁸, estas dan la impresión de no haber sido capaces de alcanzar los objetivos propuestos, siendo frecuentes los testimonios que hablan de asaltos a cuarteles y dependencias militares que, salvo en el caso asturiano, acaban siempre en fracaso. Más grave todavía que este fracaso generalizado es la actitud de muchos de los milicianos, incapaces de montar una ametralladora en plena calle o temerosos de que los transeúntes les vieran sacar una pistola de un jardín, una papelería o donde quiera que hubiera sido previamente escondida.

Por ello, el resultado de la insurrección, iniciada el 4 de octubre, apenas conocerse la entrada de la CEDA en el Gobierno, no dejó lugar a sorpresas. En el caso de Madrid, el objetivo fundamental había sido formar una línea de fuego que llegara desde la Plaza de Colón hasta Atocha, y que impidiera la llegada de tropas desde las afueras de la ciudad hasta una cualquiera de las dos mitades en que había quedado dividida. Si se conseguía mantener esta línea de fuego y cada uno de los cuatro sectores conseguía inmovilizar los cuarteles que tenía asignados, sería posible ocupar los objetivos y centros clave para el control de la situación: Presidencia del Consejo de Ministros, Ministerios de Guerra, Comunicaciones y Marina, Banco de España, etc.

¿Qué medios eran necesarios para llevar esto a cabo y con cuáles se contó efectivamente?: los propios socialistas evaluaron el armamento necesario para mantener con garantías la línea central de fuego, base de su estrategia. Serían necesarios unos 2000 fusiles, 10.000 granadas de mano y 30 ametralladoras. Por contra, sólo podían disponer de 20 ametralladoras ligeras, marca Lewis, con no más de 14.000 cartuchos. Esta escasez de municiones sólo permitía el empleo de 5 ametralladoras. Tal escasez de armamento constituía una dificultad insalvable para el logro de los objetivos y condenaba de antemano la insurrección al fracaso. ¿Cómo iba a controlarse la salida de las fuerzas de seguridad de sus cuarteles si ni siquiera se podía establecer mínimamente una línea de fuego?²⁹.

²⁸ La información sobre el proceso judicial puede ser consultada en Archivo Histórico Nacional, Sección de Guerra Civil. Salamanca, Sección Militar, «Proceso judicial a las milicias socialistas», carpetas 343/347, y en el mismo archivo, Sección Político Social, Provincia de Madrid, carpeta 444. El juicio militar se realizó entre el 20 de diciembre de 1935 y el 10 de enero de 1936. Es también interesante Manuel BENAVIDES, *La revolución fué así*, Madrid, 1936, pp. 53 y ss.

²⁹ Manuel BENAVIDES, *op. cit.*, pp. 52 y 53.

De esta forma tomaba una importancia fundamental la posible colaboración de los elementos militares. Sin embargo, llegado el momento de la verdad ninguno de los compromisos fue respetado y los milicianos llegados a las puertas de los cuarteles llamaron a los comprometidos en vano, encontrándose por el contrario con la respuesta de que los centinelas y fuerzas de seguridad les recibieron a tiros³⁰.

El resultado de la insurrección es conocido. En ciudades como Madrid, los enfrentamientos y algaradas callejeras pronto fueron controladas por el Gobierno. Por el contrario, en Asturias se produjo un éxito inicial, favorecido por la colaboración de las distintas fuerzas integradas en la Alianza Obrera³¹. Finalmente, una vez sofocada violentamente por el gobierno la revolución en Asturias, las cárceles se volvieron a llenar por la llegada de una nueva oleada de militantes obreros detenidos. En suma, el Partido Socialista empujó a sus afiliados y a los de su movimiento sindical y juvenil a un tipo de acciones para las que la preparación había sido claramente inadecuada. Si la insurrección es un arte, como habían dicho los clásicos del marxismo, en 1934 los socialistas españoles no habían conseguido alcanzar el nivel necesario para asegurar el éxito. Ello destruyó el muy endeble entramado de las Milicias Socialistas e hizo que hasta comienzos de 1936 su actividad fuera prácticamente nula. A comienzos de ese año, y coincidiendo con la efervescencia creada por la convocatoria electoral prevista para el mes de febrero, se produjeron los primeros intentos de reconstrucción.

Reorganización y fin de las Milicias Socialistas

Manuel Tagüeña nos cuenta la forma en que se reorganizan las milicias socialistas:

«A comienzos de 1936, ayudé a Ordoñez en la reorganización de las Milicias Socialistas, con el poco armamento salvado de nuestro fracaso anterior (octubre de 1934). Estábamos en contacto con algunos militares republicanos a través del capitán Faraudo y el teniente Castillo, amigos del capitán Condés.»³²

³⁰ Cfr. AHN. Sección Guerra Civil, Salamanca, Sección militar, carpeta 343, p. 10 y ss.

³¹ Para el caso asturiano Cfr. David RUIZ: *Insurrección defensiva y revolución obrera. El Octubre español de 1934*, Barcelona, Labor, 1991.

³² Manuel TAGÜEÑA, *op. cit.* pp. 88/89.

Según este testimonio, los efectivos con que contaban las Milicias Socialistas en Madrid en la primavera de 1936, ascendían a unos pocos centenares, «poca cosa para enfrentarse a un golpe militar si las derechas perdían las elecciones». Si bien las Milicias Socialistas apenas «ascendían a tres compañías, con 300 hombres en total», la benevolencia con que eran tratados por las nuevas autoridades tras el triunfo electoral del Frente Popular, les permitían obtener licencias de armas, o solucionar favorablemente aquellos momentos delicados, como por ejemplo cuando eran detenidos. Un detalle significativo es el hecho de que, aún estando todos ellos bajo la órbita socialista, estos grupos no obedecían a una directriz común:

«Por todas partes, se organizaban grupos de acción. Prieto también tenía los suyos, dirigidos por Puente, que algunas veces tuvieron que enfrentarse no con falangistas, sino con los partidarios de Largo Caballero»³³.

A lo largo de la primavera de 1936, se incrementó la actividad de los milicianos socialistas aunque la carencia de medios y la escasez de efectivos dificultaba su expansión. Así, grupos someramente uniformados —camisas azules y pañuelos en el cuello constituían su uniforme—, y carentes de todo armamento desfilan o actúan como servicio de orden con motivo del 1 de Mayo o de actos políticos tales como el que tuvo lugar en el estadio Metropolitano de Madrid en junio de 1936³⁴. Para entonces, los rumores acerca de los preparativos de algunos militares para sublevarse contra el Gobierno hacían que las sedes y Círculos de las organizaciones obreras se llenaran cada día de personas expectantes, en espera de noticias ante lo que se avecinaba³⁵.

Una de las razones argumentadas para intentar justificar la sublevación comenzada el 18 de Julio fue, junto a la existencia de la violencia política de todo signo que se había incrementado durante la primavera de 1936, la existencia de unos supuestos planes revolucionarios que los

³³ *Idem*, p. 93. Aquella primavera, Prieto fué tiroteado por jóvenes seguidores de Largo Caballero mientras se disponía a intervenir en un mitin en Ecija. Por el contrario, Tagüeña afirma que las Milicias Socialistas nunca recurrieron al atentado personal contra militantes de otras organizaciones políticas.

³⁴ Cfr. *El Socialista*, Madrid, 1 de mayo y 17 de junio de 1936.

³⁵ Este ambiente es bien descrito por Manuel Tagüeña, *op. cit.*, p. 102: «Una masa inmensa, sin armas, sin preparación, sin cuadros y sin objetivos claros, pero llena de entusiasmo, y de vagos ideales de libertad y de justicia, se disponía a intervenir en la historia de nuestro país, si los militares se sublevaban».

partidos obreros tendrían preparados con motivo de la celebración, el día 1 de Agosto, del llamado «Día Rojo Internacional». Se pretendía hacer creer que la sublevación del 18 de Julio tenía un carácter preventivo para evitar que se produjera antes la insurrección obrera.

Un conocido autor franquista, Eduardo Comín Colomer, incluso llegó a publicar, años más tarde y sin citar fuente alguna, los presuntos planes insurreccionales de socialistas y comunistas para el verano de 1936³⁶. Por el contrario, y a la vista de la precaria situación en que se encontraban las milicias y grupos paramilitares de carácter obrero se puede afirmar que la violencia producida por parte de algunos sectores obreros en la primavera de 1936:

«No se conectaba con proyecto revolucionario alguno. Aparece más bien como un fenómeno derivado de la falta de tal proyecto y, en parte, con una real conexión con la preparación de un movimiento insurreccional de signo opuesto»³⁷.

Pese a ello, nada más tener noticias de la sublevación militar que, primero en Marruecos y más tarde en la Península, se inició el 17 de julio de 1936, numerosos socialistas se unieron a los grupos que, de forma casi espontánea, rodearon los cuarteles, se enfrentaron a los sublevados o salieron al encuentro de las columnas que, desde el Norte y el Sur de la península intentaban converger sobre Madrid una vez consumado el fracaso del golpe de estado.

Militantes socialistas participaron en la toma del Cuartel de la Montaña y el resto de las instalaciones militares de Madrid, se opusieron al avance de legionarios y marroquíes en Andalucía Occidental y Extremadura, ascendieron a la sierra madrileña para frenar el avance de las columnas que se aproximaban desde la Meseta y colaboraron en el fracaso de la sublevación en ciudades como Barcelona o Valencia.

El precario estado en que se encontraban las Milicias Socialistas en los meses anteriores a la sublevación hace que no podamos considerar a estas intervenciones como una consecuencia directa de su existencia. Es cierto que, en lugares como Madrid, algunas de las columnas de milicianos socialistas se formaron sobre la base de los grupos ya existentes desde meses atrás. Sin embargo, fueron mucho más numerosos los que surgieron a partir de los sindicatos y sociedades de oficio de la UGT

³⁶ Eduardo COMÍN COLOMER, *La insurrección armada*, p. 225, Madrid, Editorial de la Revista de la Policía Armada, 1950.

³⁷ Julio ARÓSTEGUI, *op. cit.*, p. 341.

o los que constituyeron alrededor de militantes conocidos³⁸. De hecho, las armas que utilizaron durante los primeros días de la guerra fueron arrebatados a los militares derrotados o entregados por militares fieles a la República³⁹.

Así, tras las primeras semanas de guerra es posible comprobar la existencia de numerosas unidades y columnas, de distinto tamaño e importancia pero sometidas a la influencia socialista y que tomaban su nombre de conocidos militantes o de sindicatos socialistas. En el frente de Madrid es posible citar la existencia de los batallones Largo Caballero, Octubre números 1 y 11, Tomás Meabe, Indalecio Prieto, Andrés Manso, Pablo Iglesias, Fernando de Rosa, Capitán Condés, Margarita Nelken, El Socialista, Artes Gráficas, Arte Blancas, etc, en los que se llegaron a encuadrarse más diez mil milicianos aunque muchos de ellos no estaban en primera línea. Por su parte, en el País Vasco, quince de los setenta batallones en que se organizó el ejército presentaban un tinte socialista⁴⁰.

Para debilitar aún más el escaso entramado existente antes de la guerra, los pocos oficiales que habían colaborado con los socialistas en el entramado de los milicianos desaparecieron en combate durante los primeros días de la guerra⁴¹. Se unían así al capitán Faraudo y al teniente Castillo, muertos a consecuencia de sendos atentados poco antes de la sublevación. El 15 de septiembre también muere en combate Fernando de Rosa, probablemente la figura más emblemática entre los que aún sobrevivían. Eran los tiempos en que la falta de preparación militar y la desorganización de los diversos grupos y columnas multiplicaba las bajas y minimizaba la eficacia del esfuerzo de guerra republicano.

A los numerosos militantes socialistas que se opusieron al avance de los sublevados en todos los frentes hay que unir la práctica totalidad de sus líderes. Desde despachos y organismos oficiales, e incluso en el propio frente de lucha, la mayor parte de los diputados y dirigentes socialistas colaboraron muy activamente en la resistencia frente a los sublevados. Al margen de la distinta fortuna que acompañó a este esfuerzo y del alto precio en vidas humanas que supuso, ello agravó el

³⁸ Cfr. Ramón SALAS LARRAZÁBAL: *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, Editora Nacional, 1973, 4 vols. o Michael ALPERT, *El ejército republicano en la guerra civil*, París, Ruedo Ibérico, 1977.

³⁹ Llegaron a constituirse columnas socialistas con fusiles pero sin munición. Cfr. Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Edics. Exito, 1977, 2 vols.

⁴⁰ Cfr. Michael ALPERT, *op. cit.*

⁴¹ Se trataba de los capitanes González Gil y Condés, muertos en la sierra madrileña en los primeros días de guerra.

colapso orgánico de las organizaciones socialistas, especialmente del PSOE, que ya se venía arrastrando desde tiempo atrás como consecuencia de las divisiones internas⁴².

Ello se tradujo en una falta casi total de directrices políticas hacia las agrupaciones y organizaciones de base que aún existían en la zona controlada por el Gobierno. Paralelamente, los socialistas rechazaron las solicitudes masivas de afiliación que les eran presentadas, lo que unido a la desaparición de las agrupaciones que existían en la zona controlada por los nacionalistas, y las bajas directamente producidas por la guerra, se tradujo en una disminución real de la militancia socialista.

Todos estos factores: las bajas producidas por la guerra, la disminución de la actividad orgánica y la negativa a aumentar la militancia por la vía de las afiliaciones indiscriminadas contrastaban con la pujanza de otras organizaciones obreras, especialmente el Partido Comunista, que experimentó durante aquellos primeros meses de guerra un rápido proceso de auge y expansión. Este contraste, al que hay que unir la integración de los comunistas en la UGT y la creación de la Juventud Socialista Unificada, en la que se integraban los antiguos movimientos juveniles socialista y comunista y que muy pronto quedó en la órbita del PCE, facilitó el aumento de la influencia comunista entre las columnas y grupos de milicianos socialistas. Así, coincidiendo con los peores momentos por los que atravesó la defensa de Madrid, en noviembre de 1936, la mayor parte de los antiguos milicianos socialistas entraron a formar parte de las organizaciones comunistas.

La lucha contra un enemigo común había contribuido a difuminar en los frentes de lucha la frontera entre socialistas y comunistas. Ello, unido a la actividad proselitista y la indudable eficacia de los comunistas favoreció este trasvase. Ello no significa que no existieran combatientes republicanos que mantuvieron su militancia socialista ni olvida que, a lo largo de toda la guerra, destacados militantes socialistas ocuparon los puestos clave en la dirección del esfuerzo de guerra republicano. Sin embargo, si unimos a todo ello la progresiva reorganización de las unidades de milicianos hasta llegar a convertirse en el Ejército Popular de la República, nos encontraremos con que, apenas transcurridos los primeros meses de guerra, era difícil encontrar vestigios de las antiguas milicias socialistas. Tan sólo en el frente Norte, donde el aisla-

⁴² Cfr. José CARLOS GIBAJA: *Indalecio Prieto y el socialismo español 1935/1950*, Tesis doctoral, Madrid, U. Complutense, octubre 1992.

miento y las peculiaridades locales hicieron que la reorganización militar fuera menos palpable, siguieron existiendo unidades militares claramente socialistas, tanto en el País Vasco como en Asturias y Santander. La desaparición del frente Norte, en la primavera de 1936, redujo aún más la presencia socialista en el Ejército.

Por el contrario, el antiguo Cuerpo de Carabineros, antes encargado de la vigilancia de las fronteras, se convirtió muy pronto en un reducto socialista. Dependiente del Ministerio de Hacienda, experimentó un enorme auge durante los meses en que el Dr. Negrín se ocupó de ese Ministerio hasta llegar a englobar varios miles de miembros. Muchos de ellos procedían de «La Motorizada», el antiguo grupo juvenil de seguidores de Indalecio Prieto.

Ello pone fin al análisis de la estrategia socialista durante los años treinta desde el punto de vista de la utilización de la violencia. Al recordar el creciente recurso a la violencia durante aquel período, y las causas del fracaso final de dicha estrategia, hay que señalar la influencia que, en el caso de los socialistas, tuvieron tanto las divisiones internas y el peso de las décadas de práctica reformista como lo ocurrido en otros países europeos. De cualquier forma, y considerando el problema en su totalidad, no se trató de un fracaso únicamente imputable a los socialistas sino a la sociedad en su conjunto⁴³.

⁴³ Discrepamos, por tanto, de la tesis de Salvador de Madariaga. Cfr *España*, 1940. En dicha obra, el autor hace recaer sobre los socialistas el peso de la responsabilidad por el desencadenamiento de la guerra civil.